

social; pero con todo ello, resultará en algún grado fuera del sistema general de los valores estimados necesarios por la sociedad. Aparece esto claro en los tipos acentuados de individuos insociables. El criminal es un hombre falto de juicio. Puede conducirle una mala corriente de herencia natural, lo que los teólogos llaman pecado original; es entonces un «criminal-habitual», según la clasificación de tipos de Ferri. Puede ser totalmente inconsciente de su defecto para aceptar las enseñanzas de la sociedad, siendo para él el crimen lo normal. Pero el hecho permanente es lo erróneo de su juicio social; lo normal para él no es lo normal de la sociedad. No ha sido educado en el juicio de sus compañeros, aunque haya podido recibir una educación extraña más completa. Puede ocurrir ó que el criminal cometa el crimen llevado por el influjo de una mala compañía que represente una corriente temporal de influencia social; ó porque su energía nerviosa haya sido temporalmente excitada hasta el punto de perder la acción de su educación en el juicio social. En todos estos casos es el «criminal de ocasión»; pero en cuanto es un criminal y cede á la tentación y obedece á un impulso privado, es lo cierto que pierde su equilibrio social. En todo ello revela que la conciencia social, que fija el nivel de la rectitud de juicio en su tiempo y en su lugar, no tienen en él una energía constante. En cuanto al idiota, al imbécil, al loco,—también están faltos de buen juicio, por la excelente, pero triste razón, de que no tienen ninguno.

§ 6.—CONCEPCIÓN DE LA PERSONA SOCIAL

51. Parece oportuno, en este momento de nuestra investigación, poner de relieve la principal conclusión á la cual nos llevan nuestras discusiones, aunque la repetición sea superflua para muchos de nuestros lectores. Para la clara comprensión de las proposiciones generales implicadas en los ulteriores desenvolvimientos de estos ensayos, crep conveniente, por lo demás, aventurarme en esta última exposición.

Toda nuestra indagación nos ha llevado á ver que una de las concepciones históricas del hombre es, en su aspecto social, errónea. El hombre no es una persona que se levanta en su aislamiento majestuoso, en su pobreza, pasión ó humildad, y que ve, encuentra, venera, pelea ó domina á otro hombre que se le opone, persistiendo cada cual en su majestuoso aislamiento, pobreza, pasiones, humildad, de suerte que pueda considerarse como una unidad en el proceso de la especulación social. Por el contrario, *el hombre es más bien un producto social que una unidad social*. Es además, en gran parte, otra cosa. Sus actos sociales—aquellos que no le presentan como antisocial—son suyos, *porque* son primeramente de la sociedad; de otro modo, no habría podido aprenderlos, ni tendría tendencia á realizarlos. Todo lo que él aprende, es copiado, reproducido, asimilado de sus compañeros, y todo lo que todos—los compañeros sociales—y él mismo hacen y piensan, lo hacen y piensan porque todos han seguido la misma corriente, copiando, reproduciendo, asimilando. Cuando actúa privadamente por completo, es siempre arma al brazo, y todo uso que de su arma hace deja una impresión indeleble sobre otro y sobre él mismo.

Fundándose en estas verdades, escritores recientes (1) han intentado indicar cómo debe construirse gradualmente la filosofía de la sociedad. Sólo el olvido de tales hechos puede explicar el estado actual de la ciencia social. Nuestra convicción filosófica, fundada en los resultados más generales de la psicología y de la antropología, es que el hombre no es dos seres, un *ego* y un *alter*, cada uno de los cuales está en activa y crónica protesta contra una tercer gran cosa: la sociedad; es preciso apartar ese fantasma, y con él los remedios propuestos por los egoístas—desde Hobbes á los modernos individualistas,—y por tal modo se habrá vencido el principal obstáculo al buen éxito del estudio de la sociedad.

52. Nada mejor quizá para aclarar el punto de vista que

(1) Stephen, S. Alexander, Höffding, Tarde.

deseo poner bien de manifiesto en el espíritu del lector, que oponerle el del reciente libro de Mr. Kidd sobre la *Evolución social*. Toda su concepción descansa sobre la idea de que el individuo no podrá encontrar ninguna «sanción racional» á la vida social. Por lo que debe, ó revolverse contra la sociedad, ó ahogar su razón. Según Mr. Kidd, toma el último camino y, aceptando una sanción sobrenatural, que encuentra en cualquier sistema religioso, obra—por inferencia—*irracionalmente*. Pero ¿por qué su egoísmo y sus impulsos anti-sociales han de ser lo único racional en el hombre? Las más superficiales consideraciones sobre el origen del hombre, prescindiendo del conocimiento de los principios de psicología, ¿no muestran que es irracional en diversos respectos ceder á esos impulsos? La acción, según su idea real, más compleja, más rica, es racional, como se verá en un capítulo ulterior (Sanciones, cap. IX) (1) más en detalle; y si el autor de «Evolución social» está en lo justo al decir que la religión es la fuente principal de esa especie de acción, la religión encuentra así, en alguna medida, su justificación (2).

(1) V. también Sec. 178.

(2) Será innecesario, salvo por razones de claridad, advertir que está aquí en cuestión el lugar del individuo *dentro del grupo*, ó sea su posición *en su propia sociedad*. Las cuestiones relativas á las relaciones de los grupos entre sí, y los respectivos caracteres individuales, sólo se comprenden incidentalmente.

SEGUNDA PARTE

LA PERSONA QUE INVENTA

CAPÍTULO III

La invención frente á la imitación.

53. La literatura reciente relativa á la vida social, en la cual las funciones imitativas han sido puestas tan de relieve, ha tendido, en no pocos espíritus, á obscurecer los grandes hechos de la invención, en tanto que una tendencia análoga ha llevado á otros á olvidar la importancia de la imitación. En las páginas anteriores he intentado, hasta donde me ha sido posible, apoyarme en el punto de vista de la historia natural, determinando lo que me ha parecido ser claramente imitativo y dando una idea genética de la formación de la noción del yo, sin suscitar, ni de un lado ni de otro, la cuestión de la iniciación en el espíritu de lo nuevo é inventivo. Pero no es posible prescindir constantemente de esta cuestión, y ahora me propongo abordarla directamente. ¿Cómo el espíritu inventa algo nuevo? O cambiando los términos: ¿Hasta qué punto lo que llamamos invención es realmente la creación de algo nuevo?

Esta cuestión puede ser considerada más directamente y con más provecho, á mi juicio, desde el punto de vista del desenvolvimiento primero del niño. Y esta manera de abor-